

# EL LEGADO SECRETO

Si os soy sincero, siempre supe que la casa de mis abuelos tenía algo mágico, al igual que ellos.

Por esa razón me encantaba ir a visitarles. Vivían en una casa enorme situada en medio de la nada. De verdad. El pueblo más cercano estaba por lo menos a diez kilómetros.

Mi abuela, Pilar, y mi abuelo, Carmelo, siempre nos decían que tenían un secreto, pero que era muy importante que nadie más que ellos supiera de qué se trataba. Mis padres se lo tomaban a broma, suponiendo que se trataba de una pequeña mentira que nos decían a mi hermana y a mí.

Sin embargo, yo no estaba tan seguro de que no fuera real.

Mis abuelos, en su casa tan grande, tenían un sótano. Yo les había visto entrar en él más de una vez, e incluso había intentado seguirles en varias ocasiones. (No me preguntes por qué, pero es que siempre había sentido curiosidad por saber qué demonios había allí arriba y si sería igual que los sótanos de las películas.) No sé cómo, ellos siempre se acababan dando cuenta de que estaba rondando la trampilla que daba a ese sitio tan (pero TAN) oscuro y tenebroso y me llevaban a otra sala antes de que pudiera ver qué guardaban allí.

A medida que fui creciendo, mi curiosidad fue aumentando e incluso les pregunté varias veces, pero ellos siempre evitaban mis preguntas.

Nunca me habría podido imaginar el tesoro tan bonito y especial que guardaban en el sótano. Su gran secreto.

Cuando el coche paró delante de la casa, sentí una sensación bastante extraña, nada propia en mí. Incluso mi hermana Alba, que estaba sentada a mi lado, se dio cuenta. Buscó mi mano a tientas y me la apretó, influyéndome ánimos.

La casa estaba vacía, lo sabíamos, pero aún no nos habíamos hecho a la idea. Mi abuelo Carmelo había fallecido hacía un par de semanas, después de que mi abuela no pudiera con la enfermedad con la que había sido diagnosticada unos años antes.

Por esta razón el aire en el coche estaba un poco tenso. Además, Alba y yo sabíamos perfectamente que mi madre seguía muy dolida y que no estaba preparada para entrar en la casa después de lo que había pasado. No teníamos otra opción. No podíamos posponer más este momento, puesto que mi madre y sus hermanos habían decidido vender la casa (lo que me daba bastante pena, la verdad) y teníamos que vaciarla por completo.

-Ángel, baja con los chicos. Aparcaré e iré a ayudaros -rompió el silencio mi madre, haciéndonos reaccionar a todos. Mi padre asintió y bajó, y Alba y yo le seguimos.

Nos fuimos acercando a la verja de la casa. Mientras mi padre la abría me fijé en el jardín delantero. Mis abuelos habían amado aquel jardín y lo habían cuidado con toda su ilusión, pero en ese momento la mayoría de las flores amenazaban con caerse debido a la falta de agua. Ver ese panorama me dio mucha pena al pensar en lo bonito que había llegado a ser en el pasado.

Mi padre se dirigió con seguridad hacia la puerta de entrada. A pesar de que mi padre nunca había tenido mucha relación con mis abuelos, la pérdida también le había afectado. A diferencia de mi madre, papá escondía muy bien sus sentimientos, pero en esa ocasión me di cuenta de que evitaba mirar el jardín tan triste y solitario.

Abrió la puerta, pero ninguno de los tres tuvo la iniciativa de entrar.

La casa estaba increíblemente oscura. Las persianas estaban completamente bajadas, la única luz que teníamos era la que entraba por el hueco de la puerta.

-Entrad. Subiremos las persianas y dejaremos que entre un poco la luz. Luego empezaremos a vaciar todo.

-Creo que Luis quiere pasar el primero -dijo Alba, dándome un empujón disimuladamente. Fulminé a mi hermana con la mirada. Ella mejor que nadie sabía que le tenía auténtico miedo a la oscuridad.

Como quería empezar a trabajar lo antes posible, entré y me dirigí al salón sin protestar, intentando concentrarme en no tropezarme con ningún mueble. Sorprendentemente, logré llegar sano y salvo a mi destino y abrí las cortinas con energía.

Una luz cálida penetró en la sala, iluminándola.

Todo seguía en su sitio, lo que me puso un poco melancólico. Sin darme cuenta acabé mirando las fotos que había sobre la chimenea. Cogí una a la que le tenía especial cariño, en la que salían mis abuelos en el día de su boda. Pasé el dedo índice por encima para limpiarla inconscientemente, haciendo que una nube de polvo se levantara.

Empecé a estornudar inmediatamente. Dejé la foto de nuevo en su sitio y me alejé de allí.

-Dios mío, Luis, menos mal que te hemos avisado de que tuvieras cuidado con el polvo. No queremos que te dé un ataque de alergia estando a tantos kilómetros del pueblo... -murmuró mi padre, poniendo los ojos en blanco.

Escuchar la voz de papá me sobresaltó, pero ni mamá ni él se dieron cuenta.

-Alba te está esperando arriba. Os hemos asignado el sótano -dijo mamá, cambiando totalmente de tema.

-¿El sótano? -pregunté yo, perplejo.

-¿El sótano, Inés? -preguntó papá a su vez, lo que me hizo fruncir el ceño.

-Sí, el sótano -corroboró mamá, dándole un apretón tan fuerte a papá que incluso sus nudillos se volvieron blancos.

-¡Ah, claro, el sótano! -le siguió papá, aunque, a juzgar por su cara, no tenía ni idea de lo que estaba pasando.

Ya éramos dos. Algo no cuadraba.

-Bueno, pues... voy hacia allá -anuncié, antes de que cambiaran de opinión.

Mamá asintió y me dirigí al piso de arriba.

El sótano.

¿Por qué si los abuelos nunca nos habían dejado subir, mamá nos mandaba expresamente allí?

Iba a empezar a subir las escaleras cuando escuché algo que me llamó la atención. Me detuve y agudicé el oído.

-Tus padres querían proteger el secreto, Inés.

-Lo sé, Ángel. Pero te puedo asegurar que nadie lo protegerá mejor que ellos. Es hora de que lo descubran por ellos mismos.

-¿Por ellos mismos?

-Bueno... tal vez les he ayudado un poco. Pero no se hable más. Empecemos a recoger, que esto va para largo, y los niños todavía tardarán en volver a bajar.

Un momento, un momento.

¿«Proteger el secreto»?

¿Mis padres sabían qué era lo que había en el sótano?

Me agarré a la barandilla y comencé a subir los escalones de dos en dos.

Notaba la curiosidad que había sentido a lo largo de todos estos años saliendo a flote.

-Caray. Cómo se nota que tienes el gimnasio abandonado, ¿eh, hermanito?

Por segunda vez en ese día, fulminé con la mirada a mi hermana.

Había subido los escalones lo más rápido posible, guiado por la emoción del momento, así que había llegado al lado de Alba jadeando muchísimo. No me molesté en contestarle.

-Anda, abre la trampilla y despliega las escaleras -le dije entre jadeos, mientras me apoyaba en la pared para lograr calmarme un poco. Alba sonrió al verme, pero no soltó ningún otro comentario.

Se puso de puntillas y alcanzó la cuerda de la que había que tirar para abrir la trampilla, de la que salió una escalera que parecía bastante segura.

-Esto no me da mucha confianza. Estoy segura de que nadie ha entrado ahí en los últimos diez años por lo menos. A saber qué encontramos -murmuró.

-Descubrámoslo -sonreí.

Comencé a subir las escalera con decisión, sin poder creerme que después de tantos años por fin iba a entrar a ese sitio.

-Madre mía, dónde me habrán metido -oí susurrar a Alba.

Aquello era increíble.

El suelo del sótano estaba completamente lleno de cajas. Algunas de ellas estaban abiertas e incluso podía alcanzar a ver libros que parecían bastante viejos, muñecas (permíteme decirte que eran terroríficas) y algunos juguetes.

También había muebles pequeños de madera apilados. Y cuadros que suponía que había pintado mi abuelo en su época de pintor y maniqués desmontados con alguna que otra tela por encima, seguro que de cuando mi abuela había trabajado como modista.

-¿Pero tú has visto eso? -preguntó Alba, ilusionada, apareciendo por detrás de mí-. Mira esto, Luis. Date la vuelta. Es increíble.

Le hice caso a mi hermana, sin esperarme lo que iba a encontrar.

Alba estaba situada al lado de una televisión que tenía pinta de ser bastante antigua, y la miraba con curiosidad y emoción.

La tele era bastante grande. Se sujetaba sobre dos patas de madera y tenía una pantalla centrada que ocupaba la mayor parte del espacio. De arriba salían dos graciosas antenas largas y finas. Al lado de la pantalla, había nueve teclas con números (como si se tratara de las teclas del teléfono fijo de tu casa. Pues igual), lo que me extrañó un poco. Ya había visto televisiones antiguas antes y ninguna de ellas era como aquella, con teclas. Tratándose de mis abuelos no me extrañó en absoluto que precisamente la suya fuera diferente.

-Qué pasada -murmuró Alba, toqueteándola.

-Para. Te la vas a cargar -le reñí, mientras paseaba la mirada por todo el sótano. ¿Qué diablos había allí que mis abuelos no habían querido que descubriéramos? A mis ojos, no había nada que destacara especialmente.

En ese momento, una luz blanca iluminó la sala. Fruncí el ceño. Venía de mis espaldas.

Me di la vuelta y vi a mi hermana detenida delante de la televisión. La pantalla se había iluminado y salía un letrero que me costaba leer desde donde estaba.

-¿Alba? -pregunté, sospechando qué había pasado.

-Te prometo que no he hecho nada.

-Tía, literalmente te acabo de ver tocando las teclas -la recriminé.

-Ups. Vale, sí, ¡pero mira!

Alba señaló la pantalla de la televisión y me acerqué para poder leer lo que ponía.

“Introduzca números”.

-Si te fijas, después de estas palabras, hay cuatro espacios. Uno por número -observé, girándome a mirar a mi hermana.

-Luis, es una tele. No hay canales de cuatro dígitos en una tele.

-Pruébalo -propuse. Algo me decía que estaba en lo cierto, que teníamos que apretar cuatro teclas en vez de una o dos.

Y a pesar de que efectivamente, estaba en lo cierto, ni siquiera me imaginaba lo que aquel aparato nos iba a descubrir.

-Vale, pues déjame a mí.

Mi hermana pulsó diferentes teclas que no llegué a ver.

Cuando hubo terminado, se quedó mirando la pantalla, expectante.

Y de repente, esta se iluminó, mostrando una imagen en color.

Una imagen que yo reconocía perfectamente, ya que había estado ahí.

-Espera, ¿qué? -se me escapó, mientras entrecerraba los ojos para estudiar mejor la imagen.

-Luis, eres tú -susurró Alba, señalando a un niño pequeño que estaba correteando por la habitación.

La imagen se movía. No, no era una imagen, era un vídeo.

Era un vídeo del día en el que mi hermana había nacido, en el año 2001.

Mi madre estaba tumbada en una cama, sujetando a Alba entre sus brazos. Diferentes vías le recorrían los brazos y unas sábanas algo arrugadas le tapaban la parte inferior del cuerpo. Mi padre estaba a su lado, apretándole el hombro. Mi abuela, en cambio, un poco más joven de lo que la recordaba, iba detrás de mí e intentaba cogerme sin éxito. Mi abuelo estaba sentado en el sillón, mirando la escena con ternura.

-Alba, ¿qué número has puesto? -le pregunté.

-Eso es lo fuerte, Luis. El número era el 2001.

Nos quedamos en silencio, mirándonos a los ojos. Por mi cabeza pasaban muchos pensamientos al mismo tiempo. ¿Podía ser que acabáramos de descubrir el secreto de nuestros abuelos?

¿Podía ser que las teclas no fueran canales, sino años?

Para ver si mi teoría resultaba ser verdad, introduje otro número. Otro año: 1945. Tal vez Alba no sabía qué había pasado ese año, pero mi abuelo me lo había explicado muchas veces.

La pantalla volvió a iluminarse.

*Un chico joven salió de un edificio antiguo e imponente, vestido con camisa, pantalones negros y zapatos negros formales. En la mano derecha llevaba un maletín y en la izquierda, un bombín que no tardó mucho en ponerse.*

*El chico caminaba animado por una calle estrecha por la que circulaban pocas personas más. Un par de comerciantes anunciaban sus productos a gritos, ofreciendo los mejores precios y ofertas increíbles, aunque él les ignoraba.*

*Comprobó la hora en su reloj de muñeca y una mueca se formó en su cara. Después comenzó a correr más rápido mientras intentaba que el gorro no se fuese volando.*

*Corrió un par de calles más hasta llegar, jadeando, a la parada del tranvía. Allí, miró a ambos lados con nerviosismo, aunque no tardó en relajarse al encontrar lo que estaba buscando.*

*Más bien, a quien estaba buscando.*

*Avanzó hacia una chica joven, con el pelo rubio recogido en un moño que ya comenzaba a deshacerse, vestida con camisa, falda larga, y que cargaba una cesta que parecía bastante pesada.*

*-Disculpe, señorita...*

*La chica miró a ambos lados, intentando averiguar si el chico la llamaba a ella.*

*-Sí, usted. La chica del pelo rubio como el oro.*

*La chica se ruborizó, pero esperó hasta que el desconocido hubo llegado a su lado. La curiosidad por saber quién era aquel joven y por saber qué quería la había ganado.*

*-Dígame, caballero.*

*-Cada vez que salgo de trabajar y me dirijo a mi casa, la encuentro aquí, esperando el tranvía, y siento curiosidad por saber el nombre de tan bella dama como lo es usted.*

*-Me halaga usted, caballero. Tal vez le agradecerá saber que mi nombre es Pilar, y que me seguirá encontrando aquí muy a menudo.*

*-No me llame caballero, por favor, llámeme mejor Carmelo. Es un placer conocerla, señorita.*

*El chico, Carmelo, le cogió la mano a la chica, y se la besó dulcemente. Pilar sonrió, con las mejillas coloreadas de color carmesí.*

-¿Son... la abuela y el abuelo?

Asentí con la cabeza, mientras me secaba las lágrimas que habían empezado a caer por mis mejillas.

El año 1945 había sido el año en el que se habían conocido. A partir de ahí, poco a poco habían ido enamorándose hasta que habían empezado a salir y se habían casado. Nunca había conocido un amor tan bonito como el de mis abuelos, y ver el momento en el que todo había empezado me había emocionado mucho.

-¿Qué demonios es esto? -preguntó Alba, que también se estaba aguantando las ganas de llorar.

La verdad era que yo tampoco lo sabía. Me estaba empezando a plantear preguntárselo a mi madre, ya que ahora la curiosidad era incluso mayor que incluso antes.

Mientras intentaba aclararme, me levanté del suelo y rodeé la tele mientras me cogía del pelo, una manía que tenía desde que era pequeño y que no había conseguido quitarme todavía.

-Tenemos una tele que en vez de canales enseña años y que nos ha mostrado dos escenas de la vida de nuestros abuelos. Esto es surrealista. ¿De dónde demonios sacarían los abuelos algo así?

Alba no respondió, sino que se quedó mirando fijamente a la pared, perdida en su cabeza.

En ese momento, oímos las tablas de madera del pasillo crujir.

-Niños, ¿estáis aquí? -oímos decir a mamá.

-¡Sí! -exclamó Alba de vuelta, fuerte para que pudieran oírla.

A medida que subían por la trampilla, nuestros padres susurraban entre ellos nerviosos, procurando no hablar demasiado alto por si les escuchábamos. No sé por qué, en ese momento me puse nervioso.

Mamá y papá pisaron el suelo del sótano y tras dedicar una rápida mirada a las cajas, su mirada se fijó en la tele. Mamá clavó los ojos en los de papá y este le rodeó los hombros con el brazo, como queriendo tranquilizarla.

-Veo que ya lo habéis descubierto -sonrió.

-Lo sabíais, ¿verdad? -pregunté, recordando lo que les había oído decir de forma clandestina.

Papá asintió.

-Lo sabíamos, pero no desde hace mucho. Carmelo y Pilar escondieron tan bien su pequeño secreto que ni siquiera sus hijos se enteraron de su existencia. Inés se enteró hace un par de semanas, me lo contó y vinimos a comprobar si era cierto.

-Yo tampoco sé mucho de esta televisión. Tan solo sé que, como ya habéis visto, enseña escenas de la vida de sus abuelos. Las teclas sirven para poner un año, y los vídeos muestran acontecimientos que pasó durante ese periodo de tiempo -siguió explicando mamá-. Sé de algo que a lo mejor nos ayuda a saber más.

Tras decir esto, mamá introdujo un nuevo año. Me sorprendió, no me esperaba que fuera a utilizar el propio aparato para explicarnos lo que era. Antes de que pudiera decir nada, la pantalla se volvió blanca de nuevo y el vídeo empezó.

*Un coche se detuvo delante de la verja y Carmelo bajó. Los años de diferencia se notaban y su cara era un poco más afilada, lo que le daba un toque más maduro. Vestía con traje arreglado, aunque esta vez sin bombín.*

*Se dirigió a la parte trasera del coche y abrió la puerta. Pilar se lo agradeció esbozando una sonrisa y salió, mostrando una barriga hinchada que prometía una nueva vida en breve.*

*-¿Estás lista, amor?*

*-Contigo no podría dejar de estarlo.*

*Carmelo sacó la llave y abrió la verja. Ilusionado, cogió la mano de su mujer, cuyo dedo anular estaba decorado con un anillo de oro simple pero especial, y avanzaron por el jardín hasta llegar a la puerta de la casa. La abrieron, incluso más emocionados que antes, y entraron.*

*Sin dejar de cogerse la mano, exploraron las diferentes habitaciones, se imaginaron qué harían en ellas, y cómo las decorarían.*

*-Hay un sótano. Subiré a verlo. Tú quédate aquí, no deberías subir en tu estado.*

*Pilar asintió y vio cómo Carmelo subía por las escaleras de la trampilla. Se quedó mirando hacia el interior de esta con curiosidad, pero Carmelo no decía nada. Estaba asombrado.*

*Delante de él, se encontraba una televisión que parecía de último modelo. Era el único objeto que había allí, y se preguntó por qué. Curioso, se acercó a ella, pero sin necesidad de tocar nada esta se encendió y empezó a mostrar palabras apenas legibles.*

*-¡Dios mío, Pilar! -exclamó, bajando a contarle a su esposa lo que había visto-. ¡Hay una televisión! ¡Una televisión mágica!*

*-¿Qué estás diciendo, Carmelo? -preguntó ella con el ceño fruncido, aunque sonriente por la reacción de su marido y la felicidad que había reflejada en su cara.*

*-¡Una televisión! ¡Donde sale nuestra vida! ¡Lo que hemos vivido los dos! ¡Es magia!*

*-Creo que toda la emoción de hoy te supera -respondió Pilar, esbozando una pequeña sonrisa.*

*-¡Es cierto! Cuando nazca este pequeño subiremos y pasaremos horas frente a ella. Verás que es real. Será nuestro pequeño secreto.*

*-Si es lo que quieres, está bien. Me enseñarás esa televisión mágica que dices una vez Fernando ya esté aquí.*

*-¿Me lo prometes?*

*-Te lo prometo, amor.*

*Dicho esto, se cogieron nuevamente de las manos y se dieron un breve beso lleno de ilusión.*

Nos quedamos todos en silencio.

Mamá estaba llorando, aunque lloraba con una sonrisa en su rostro. Después de ver el momento en el que mis abuelos habían llegado a la casa por primera vez, estando mi abuela embarazada del primero de sus hijos, Fernando, mi tío, había sentido muchas ganas de llorar debido a la nostalgia, pero es que ver a mi madre así ya fue lo que me ablandó por completo.

Así que la tele no era de mis abuelos. Ya estaba allí cuando compraron la casa.

Tal vez había sido así con todos los dueños que había tenido esa casa. Tal vez todos se la habían encontrado abandonada en el sótano, tal vez esa tele había mostrado muchas vidas antes que las de mis abuelos Carmelo y Pilar. (O no, quién sabe.)

Lo único que sabía era que no podíamos llevárnosla, por mucho que doliese. Ese viejo aparato pertenecía a aquel sótano y ahora le tocaba mostrar otras dos nuevas vidas, las de los nuevos dueños a los que mamá y sus hermanos habían decidido vender la casa.

-Nadie más sabe de esto. Tan sólo lo sabíamos Ángel y yo, y ahora vosotros dos. No puede saberlo nadie más. Los abuelos me confiaron a mí su gran y querido secreto y habrían querido que vosotros lo supierais, pero no quiero que llegue a más oídos.

Asentimos con la cabeza, sin saber muy bien qué decir.

-Será mejor que nos vayamos a casa, niños. Ya hemos tenido suficiente por hoy. Volveremos pronto.

Con un nudo en la garganta, abandonamos el sótano y la casa. No me podía creer que después de tanto tiempo, por fin hubiese descubierto el secreto tan mágico de mis abuelos. Un secreto que sin ninguna duda no iba a poder olvidar por mucho que pasara el tiempo, como tampoco les olvidaría a ellos.

Papá arrancó el coche y yo me quedé mirando la imponente casa por la ventana con lágrimas en los ojos.

Sí, volveríamos.

Pero el sabor a despedida ya se iba instalando en mi boca.

Y estaba seguro de que no se iría.